



LA COMUNIDAD

la alegría de vivir juntos

XL Jornadas de Pastoral Juvenil – Vocacional
CONFER
Madrid, 16 de octubre de 2010

LA COMUNIDAD¹: la alegría de vivir juntos

«mira las estrellas,
pero no te olvides de encender la lumbre en el hogar»
proverbio alemán

¡Con demasiada rapidez asentí y eso que no era en los postres de aquella inolvidable comida que compartí en casa de Rosa (Segovia) con el equipo de Pastoral Juvenil Vocacional de CONFER!

Siento defraudar vuestras expectativas al reconocer humildemente que ni siquiera tengo la certeza de saber decir lo de siempre aunque sea con diferentes palabras como muy bien expresa este corto² con el que intencionadamente he querido arrancar mi reflexión para afrontar el tema que nos ocupa desde una mirada existencialmente positiva.

No me resigno, sin embargo, a compartir, al menos, algunas de mis convicciones o de mi pobre experiencia como miembro de una familia eclesial realmente singular, la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Corazón de Jesús³, por si pudiera

¹ Luis Rubio Morán, *Nuevas Vocaciones para un Mundo Nuevo*, Sígueme, Salamanca 2002; Felicísimo Martínez, *¿A dónde va la vida religiosa?*, San Pablo, Madrid 2008; Sabino Ayestarán, *El conflicto comunitario: ¿una oportunidad para crecer o una amenaza de destrucción?*, Frontera núm. 13, Vitoria 2010²; José M^a Alimbau Argila, *Palabras para la alegría*, Ediciones STJ, Barcelona 2003³; Jaume Soler y Maria Mercè Conangla, *Juntos pero no revueltos*, RBA, Barcelona 2008; Nico dal Molin, *Jóvenes y Vida Consagrada. El misterio de una opción*, San Pablo, Madrid 2007; José Cristo Rey García Paredes y Fernando Prado, *La casa de todos. Comunidad: misión y morada. XXXIX Semana Nacional para Institutos de Vida Consagrada*, Publicaciones Claretianas, Madrid 2010; Juan Antonio Estrada, *Religiosos en una sociedad secularizada. Por un cambio de modelo*, Trotta, Madrid 2008.

² Alonso Álvarez Barreda; *La historia de un letrado*, Cortometraje premiado en el Festival de Cannes de 2008: «¿Qué hiciste con mi letrado?»; «Escribí lo mismo pero con diferentes palabras»

³ Un Instituto que me gusta definirlo como «híbrido» (quien ha sido procreado por dos individuos de especies distintas, dice el diccionario) porque sería como el “intermedio entre los religiosos y los sacerdotes individuales, aislados”. Esta fue la inspiración que tuvo el Beato Manuel Domingo y Sol en 1883 ofrecer una manera nueva de encarnar la fraternidad presbiteral que no encajaba plenamente en ninguna de las figuras canónicas existentes al no contemplar hasta el Concilio Vaticano II que la fraternidad ministerial es también un elemento constitutivo de todo presbítero. Nuestra existencia, imagino que como la de todos, ha sido un milagro de la GRACIA. Hace dos años, coincidiendo con el centenario de la muerte del Fundador, pasamos definitivamente de Instituto Secular a ser una verdadera Asociación Sacerdotal, de Derecho Pontificio, con potestad de incardinación, que cuenta con casas de formación y obras propias para poder llevar a cabo su misión evangelizadora al servicio

ayudaros a vivir con gozo vuestra comunión y pertenencia en la comunidad y en el Instituto donde el Señor os plantó a cada un@ para que un@s y otr@s «viendo vuestras buenas obras den gloria a vuestro Padre que está en los cielos» (Mt 5,16).

Si el alma se alimenta —como certeramente sugiere San Agustín— de aquello en lo que se alegra... os invito a alzar conmigo vuestra voz agradecida a Dios por la alegría interior que cada un@ experimenta al descubrirse:

I. LLAMAD@ A SER HERMAN@

Con esta hermosa alegoría —que seguramente conocéis— quisiera dejar entrever, una vez más, de dónde arranca el sentido originario de nuestra fraternidad como cristian@s-consagrad@s.

«El maestro Agbahar era reconocido por todos en Medina por su sabiduría. A él acudían muchos en busca de consejo y aliento. Yuzzef hizo un largo viaje para consultarle algo que venía atormentándole desde hacía bastante tiempo:

—Maestro, —le preguntó— ¿por qué mi vida es mediocre y carece de sentido?, ¿por qué me ofrece menos de lo que merezco?, ¿por qué, en el fondo, no soy feliz y me siento vacío e insatisfecho?

—Mira, en este momento, —comentó el maestro— tengo un grave problema. Ayúdame a resolverlo. He de vender urgentemente este anillo y he de obtener al menos una moneda de oro.

Yuzzef, un tanto desconcertado al ver que no había prestado atención a sus inquietudes, tomó el anillo y se dirigió al mercado.

No consiguió más que burlas de la gente.

—Una moneda de oro por ese anillo. ¡Estás loco!

Decepcionado y agotado por el esfuerzo regresó a casa y le dijo al maestro:

—Me he desgastado ofreciendo este anillo a unos y a otros pero lo máximo que me han ofrecido es una moneda de plata.

—¡Ah! Entonces, hazme otro favor. Ve a casa del joyero real que está frente a la Mezquita y pregúntale por el valor del anillo. Pero no se lo vendas.

—Yuzzef, sin gran convicción y un poco molesto creyéndose utilizado, fue a casa del joyero real a preguntar cuánto podía costar la dichosa “joya”.

de las vocaciones en la Iglesia universal como siempre había soñado Mosén Sol (Cfr. La Congregación del Clero erigió a la Hermandad de Sacerdotes Operarios diocesanos en Asociación internacional y pública, dotándola de la facultad de incardinar [Protocolo n.º. 0888/2008]).

—Bueno, —musitaba el joyero— la verdad es que, digamos que podría valer unas setenta monedas de oro. En fin, dado tu apuro, podría pagarte unas cincuenta y tres como máximo.

Yuzzef, al escuchar el precio, quedó boquiabierto.

—Está bien, añadió el joyero, veo que eres hábil en el regateo, pero en este instante no dispongo de más de sesenta y dos monedas de oro.

Todavía sin poder articular palabra, Yuzzef recuperó el anillo y regresó a la casa de Agbahar.

—¿Qué te ha dicho el joyero? Le preguntó.

—Realmente no lo puedo creer. Valoró el anillo en 70 monedas de oro y llegó a ofrecerme 62 en aquel momento. ¿Quieres que regrese y se lo venda?

—No, Yuzzef. Conozco el verdadero valor del anillo y se trata de una joya más valiosa aún de lo que el astuto joyero te ha dicho. Este anillo perteneció a Mustafá II, el Supremo Sultán; aquí está su sello y cualquier joyero puede reconocerlo al instante.

—No entiendo —balbuceó Yuzzef— ¿por qué en el mercado sólo llegaron a ofrecerme unas pocas monedas de cobre por él?

—Porque para advertir el valor de ciertas cosas —comentó el maestro— hay que ser un experto. La gente en el mercado a lo sumo llega a advertir el brillo del oro o el tamaño de una piedra incrustada, pero ninguno de ellos reconocería el sello real en el anillo.

Lo mismo ocurre con tu vida, Yuzzef. Estás esperando que la gente te reconozca o que el destino te favorezca, y no te das cuenta que el verdadero valor lo da el “sello real” que llevas impreso en tu corazón».

La fuente la verdadera alegría es descubrir lo que cada uno es y significa para Dios, que fue quien realmente dejó impreso en nuestra alma su «sello real». Sin paternidad, evidentemente, no puede haber filiación y sin filiación tampoco fraternidad biológica. Al ampliar ahora el fundamento de la fraternidad a la fe religiosa compartida alargamos el sentido de la fraternidad, en nuestro caso, a las relaciones que mantienen entre sí aquellos cristianos que han consagrado su vida a Dios para ser en el mundo icono de la Trinidad, es decir, relación y comunión de amor.

De forma muy somera podríamos decir que el fundamento de la fraternidad del cristiano-consagrado⁴

❖ Depende del concepto que se tenga de la paternidad de Dios.

No hay que confundir la fraternidad con la solidaridad. A medida que Jesús anuncia el Reino de Dios y es acogido por un grupo de seguidores se va formando una nueva familia en su entorno (Mc 3, 31-35; 10, 29-30) que tiene

⁴ Joseph Ratzinger, *La fraternidad de los cristianos*, Sígueme, Salamanca 2005².

por fundamento la fe en Dios. Es nuestro Padre en la medida que hemos sido redimidos y adoptados como hijos en el Hijo y por el Espíritu Santo podemos invocarlo. Todo hombre puede ser cristiano pero sólo es cristiano y hermano el que a través del bautismo de la Iglesia, madre, entra a formar parte de la familia. El acento se pone en la idea del nuevo nacimiento, donde el hombre recibe a Dios por Padre, a la Iglesia por Madre y en virtud de esta adopción filial que le viene de Dios se encuentra agregado al grupo de los hermanos de Jesucristo. San Agustín distinguía claramente entre hermano (sólo el cristiano) y prójimo (todo hombre).

- ❖ Se sitúa en otra dimensión que la de los lazos biológicos (familia) o sociales (ciudadanía).

La fe cristiana crea vínculos distintos a los de la carne y la sangre. Nuestra incorporación a Cristo por el bautismo elimina cualquier límite dentro de la fraternidad. Vigé en los cristianos la auténtica igualdad que no admite ni privilegios ni discriminaciones de raza, color, sexo, lengua, nación, cultura, condición social, opción política... (Gal 3, 27-28); Col 3, 11). Para ser cristian@-consagrado basta la fe, el bautismo... y seguir radicalmente a Cristo a través de la mediación institucional que Él nos ha regalado. No se requieren otras condiciones culturales o sociales. La meta es hacer una sola familia de todos los hombres (1 Pe 2, 17; 3, 8) reflejo de la comunión trinitaria.

El cristiano, en medio de esta jauría de lobos y de este entorno tan inhóspito, tiene necesidad de un «microclima» para vivir la fe, el seguimiento y la misión, donde pueda tener cobijo, apoyo, confianza, serenidad, amistad. Microclimas abiertos al exterior para que las personas nacidas, criadas y formadas en el seno de esta familia grande puedan insertarse en la sociedad y servir de fermento.

- ❖ El/la cristian@-consagrado es antes que nada herman@ del otro cristian@consagrado.

Si nuestra incorporación a Cristo elimina cualquier límite en la fraternidad... paradójicamente establece un linde (frontera) entre los que forman "de suyo" parte de mi familia... aunque el deber del amor se extienda a todo necesitado. La distinción no significa que deba darse confrontación ni ruptura. De hecho, aunque todavía quede mucho camino por andar, se van dando elocuentes signos de comunión y corresponsabilidad en la misión entre las Iglesias locales, Congregaciones, comunidades cristianas o religiosas (Mt 25, 31-46; Lc 10, 29-37).

❖ El/la cristian@-consagrad@ es herman@ para servir a los que están fuera.

La Iglesia, nuestra familia religiosa, nuestra comunidad no está cerrada sobre sí misma para vivir confortablemente. Su razón de ser es evangelizar y ha sido enviada al mundo entero. No es un gueto de selectos o débiles. Está en el mundo sin ser del mundo. Participa de las condiciones históricas de la sociedad aunque en todo lugar halle patria y en toda patria se sienta peregrina.

En el marco de estas XL Jornadas de Pastoral Juvenil – Vocacional, que reúne a tantos Animadores, Delegad@s Provinciales, Laic@s, Responsables de Comunidades y Centros de acogida de jóvenes, Catequistas y Educadores en la fe, Responsables de Movimientos o Grupos juveniles, al hacer memoria gozosa del DON recibido:

- ¡Cómo no agradecer el dinamismo de salvación que el Señor ha seguido desplegando a través de vuestra vida y de vuestra fraternidad, cuyos rasgos familiares os delatan!
- ¡Cómo no reconocer las gracias que un@s y otr@s habéis recibido a través de vuestra consagración y del servicio eclesial confiado!
- ¡Cómo no quedar profundamente conmovid@s ante los destellos de luz, de gracia y de santidad percibidos en tant@s herman@s, aspirantes, familiares de un@s y de otr@s, en tant@s amig@s o colaboradores o en aquellos que nos han sido confiados a nuestro cuidado pastoral!
- ¡Cómo no destacar los riesgos, la ambigüedad, la complejidad... del tiempo en que nos está tocando vivir y la proyección evangelizadora que Institucionalmente tenemos que impulsar en este nuevo milenio que acabamos de iniciar!
- ¡Cómo no evocar con emoción la memoria de los que durante estos años culminaron su carrera y agradecerle al Señor no sólo la estela de santidad que nos han dejado a su partida sino también la fecundidad de su vida y de su servicio eclesial!
- ¡Cómo no valorar, personalmente, la mediación de gracia que para cada un@ han sido sus propi@s herman@s en sus respectivas comunidades. Su acogida, su cariño, su apoyo, su paciencia (también los demás tienen que sufrir mis miserias)...!
- ¡Cómo no quedar asombrados ante tanta gracia recibida para ser capaces de leer como creyentes la realidad desde la óptica de Dios... y sentirnos impulsados a compartir la *utopía* de Jesús de Nazaret, a salir sin miedo a los caminos, ligeros de equipaje para encontrarnos con el hombre y con el mundo, para seguir siendo pregón del Reino, signo de su presencia, germen de la humanidad nueva creada por Jesucristo, el hombre auténtico!

– ¡Cómo no agradecer al Señor y a cada un@ de nuestr@s herman@s tanta misericordia ante nuestra propia fragilidad, límites y pecado! También a nuestras instituciones les pesa no haber sabido, a veces, estar a la altura de la misión confiada; no haber sido siempre sensibles, desde su carisma específico, a las necesidades de las iglesias más pobres, o no haber sabido responder con la agilidad o la generosidad esperada; haberse aferrado en ocasiones a una vida demasiado cómoda, a lo que ya se tiene —que por lo general suele ser poco pero que es la “miseria” que cada uno se ha fabricado—, al lamento evocando glorias pasadas, al mantenimiento —aunque sea inconscientemente— de las propias cuotas de poder o de tranquilidad... Pecados institucionales que, efectivamente, desdibujan y afean nuestro rostro pero que, cuando se reconocen, favorecen la renovación personal e institucional y llenan de paz y de gozo nuestro corazón.

II. LLAMAD@ A SER ICONO DE LA TRINIDAD

¡Será verdad que cuando uno mira la vida desde el corazón del otro se desdibujan los linderos de lo mío y lo tuyo y emerge con más fuerza lo nuestro! Así lo refleja esta historia que nuevamente nos recuerda de dónde brota la alegría interior:

«Un hombre tenía dos hijos. Al morir dejó en herencia a cada uno la mitad de sus tierras. Uno de ellos era rico, pero no tenía hijos; el otro era pobre y tenía siete hijos. Aquella noche el hijo rico no podía conciliar el sueño pensando: “Mi padre se ha equivocado, porque yo soy rico y me ha dejado la mitad de su herencia, mientras mi hermano es pobre y no tendrá suficiente tierra para sus siete hijos”. Se levantó y antes de que saliese el sol se puso en camino para cambiar los linderos de la herencia, de modo que a su hermano le quedase la mayor parte.

También el otro hijo, el pobre, estaba desvelado aquella noche. “Mi padre se ha equivocado, pensó, porque yo tengo siete hijos mientras que mi hermano está solo”. Y antes de la aurora salió al campo para correr los linderos de modo que a su hermano le quedase la mayor parte de la tierra.

Al salir la aurora los dos hermanos se encontraron. Y cuentan que en aquel lugar se levantó la ciudad de la fraternidad».

La tierra sirvió al padre como pretexto para que sus hijos pudieran descubrir otro regalo mejor. El Padre, en nuestra historia personal, por el sacramento del bautismo nos ha hecho partícipes y nos ha dejado como herencia el don de la fraternidad. Así se lo hace notar Pablo a la comunidad cristiana de Filipo (Flp 2, 1-11), cuando les exhorta a «tener los mismos sentimientos de unidad y de fraternidad que tuvo

Cristo» que vino para reunir a todos los hijos dispersos y rotos —buena parte de la humanidad, especialmente los más jóvenes, se sienten deshabitados y heridos por dentro—, para restablecer la comunión con el Padre e instaurar su Reino, haciéndonos sus hijos...

La fraternidad del cristiano-consagrado no se reduce únicamente al aspecto jurídico, administrativo, organizativo. Tampoco es sólo de orden psicológico y/o pedagógico. La fraternidad hunde sus raíces en el misterio de amor trinitario.

Las amigas se escogen. Los hermanos, en cambio, te vienen dados. De ahí que una fraternidad que no arranque de la filiación será siempre engañosa, calculada. Se basará en claves humanas y a la larga fracasará, no se sostendrá.

Si la exigencia de nuestra fraternidad se redujera solamente a:

- a) La propia *realización personal* o la búsqueda de nuestra personalidad, terminaríamos escogiendo a nuestros amigos; buscaríamos y seleccionaríamos a las personas con quienes queremos mantener este tipo de convivencia.
- b) La *coexistencia o convivencia pacífica*, estableceríamos relaciones consensuadas para mantener la paz entre los miembros de dicha comunidad. Bastaría con que todos cediesen un poco. Acabaríamos estableciendo unas relaciones reglamentadas que a la larga siempre se hacen insoportables.
- c) El *trabajo en común*, se llegaría, en el mejor de los casos, a un reparto de tareas pero sin compartir la misión. Lograríamos diversificar las responsabilidades pero sin que se diese complementariedad en las tareas.

Cuenta Santa Catalina de Siena que Dios «habría podido hacer a los seres humanos de tal manera que todos lo tuvieran todo, pero prefirió dar a cada uno dones diferentes, para que todos tuvieran necesidad de todos» (Diálogo, 7).

Se trata, como habréis intuido, de un salto cualitativo. La fraternidad como cristiano-consagrado no nace en nosotros de nuestra pura elección sino que es Jesucristo, el Hijo de Dios, quien nos hace hermanos. En Jesucristo hemos sido redimidos y hemos recuperado la condición de hijos de Dios y, por lo tanto, de hermanos de los demás. Sólo en Jesucristo tiene su verdadero sentido y hondura nuestra fraternidad como creyentes, como consagrados. Por lo tanto, no es cuestión de portarme como hermano porque lo soy sino de serlo. Sentir al otro que

es, mi herman@. L@s herman@s SON, aunque entre ellos siempre haya alguno con “deficiencias”. Ordinariamente éstos, son objeto de mayor predilección. Mi propia realidad familiar me lo confirma (Cfr. mi hermana minusválida a los catorce meses de nacer, intervenida quirúrgicamente en 35 ocasiones, fallece a los 42 años de un tumor cancerígeno en el pecho...).

Os ofrezco en este decálogo, condenado inexorablemente a quedar siempre incompleto, las implicaciones que conlleva saborear el gozo de vivir en comunidad:

- 1) La fraternidad cristiana no es un ideal sino una GRACIA que hay que pedir cada día al Señor...
- 2) La fraternidad sólo es posible vivirla desde la contemplación porque nuestro corazón —*como comenta Marcelino Legido*— es demasiado pequeño y frágil y no da para tanto... Supone comprender, respetar, aceptar, querer a la otra como es y ayudarla a aflorar y desarrollar todas sus potencialidades.
- 3) La relación entre nosotros no puede ser “horizontal” sino en Jesucristo. No es cuestión de llegar a entenderse, a que los demás corrijan sus defectos, a ceder cada uno un poco... Yo no puedo ser norma de vida para nadie; debo evitar todo juicio. Tengo que querer al otro como es (si no puede ser por lo que ahora es, sí al menos por lo que llegará a ser en Él). A veces, es pura envidia o poder encubierto (inconsciente naturalmente) porque no soportamos las cualidades o la influencia y/ o relevancia del otro...
- 4) La fraternidad supone celebrar a Jesucristo en medio de todos, sin acepción de personas.
- 5) Para vivir la fraternidad hay que deponer todo tipo de PODER... Sólo se puede dar la fraternidad entre quienes se sienten y se saben pobres. Y hay muchos tipos de poder: material, cultural, intelectual, espiritual, etc.
- 6) Hemos de aceptar también que no todos tengan que estar de acuerdo conmigo o contentos con lo que hago. Hemos de darnos cuenta y aceptar que siempre habrá alguien que me tenga que sufrir.
- 7) En la fraternidad es siempre más importante (difícil) RECIBIR que dar. Cuando uno sabe y acepta recibir de otro le permite, le da la oportunidad de sentirse creador.
- 8) En la vida de fraternidad hay que tener en cuenta los gestos, los pequeños detalles, aunque parezcan insignificantes, y disfrutar de ellos.
- 9) Hay que saber sumar, aportar, dar para alimentar la fraternidad sin que establezcamos comparaciones.
- 10) La fraternidad requiere un amor oblativo (1Cor. 13, 1)

Vivir la fraternidad como expresión del misterio de amor trinitario, que nos construye personal e institucionalmente, aunque pueda resultar paradójico, no sólo esclarece y fortalece nuestra identidad sino que, además, nos dispone adecuadamente para la misión.

Será todo un arte acertar, en cada comunidad, a integrar adecuadamente sus diferentes dimensiones⁵:

- ❖ La *dimensión contemplativa*, que conforma el patrimonio místico. Sólo desde la contemplación es posible construir una fraternidad universal. La Eucaristía se revela como experiencia privilegiada donde se hace real la comunión trinitaria y de donde se deducen las principales aplicaciones para la vida de fraternidad.
- ❖ La *dimensión ascética*, que tiene su origen en el mandato de Jesús a sus discípulos: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado» (Jn 13, 34). Porque hemos experimentado el amor incondicional de Cristo, también nosotros somos llamados a amar sin condiciones. La renovación de toda Institución pasa por el entrenamiento ascético que supone edificar entre todos la comunidad desde el amor.
- ❖ La *dimensión dialogal*, que pone de relieve la necesidad que toda Institución tiene de favorecer y cuidar, a todos los niveles, los cauces de comunicación entre sus miembros: institucional, grupal, interpersonal. La comunicación construye la fraternidad cuando crea espacios de diálogo integral, cuando armoniza las potencialidades personales y el proyecto grupal, cuando favorece las relaciones mutuas y promueve la corresponsabilidad de todos los miembros...
- ❖ La *dimensión misionera* es también uno de los componentes de la auténtica comunión. De hecho, «la comunión fraterna en cuanto tal es ya apostolado; es decir, contribuye directamente a la evangelización». La fraternidad se revela, por tanto, como un elemento esencial de la misión. El Beato Manuel Domingo y Sol así lo intuyó. Nuestra vida en equipo es algo más que un modo de concretar la fraternidad presbiteral, es ya, en sí misma, elemento evangelizador.

⁵ Ángel Pérez Pueyo, *El presbiterio, "ámbito privilegiado" para la santificación de los sacerdotes*, Rev. Tabor, núm. 8; Madrid 2009

La mayoría de las veces lo que más motiva a quienes llaman a nuestra puerta es el aire de alegría y el espíritu de familia que se respira en nuestra comunidad. ¿No es una estafa privarles (privarnos) de lo más genuino de nuestro estilo, de nuestro modo de ser y de servir en la Iglesia? ¿No es el testimonio de nuestra vida fraterna lo que realmente fascina y hace creíble nuestro anuncio evangelizador y que broten nuevas vocaciones?

III. LLAMAD@ A RECREAR NUEVOS «MICROCLIMAS» DE COMUNIÓN

No creáis que uno es tan ingenuo o iluso que no ha descubierto verdaderamente cuáles son nuestras «pérdidas» o lo que realmente nos está pesando personal e institucionalmente: el progresivo decrecimiento de efectivos y presencias, el envejecimiento de nuestr@s herman@s, la irrelevancia social, el «infierno» que algún@s viven en ciertas comunidades...

Con todo, tengo la convicción, que estas circunstancias que tantos quebraderos de cabeza nos están dando, se tornarán en fuente de renovación y purificación personal e institucional si realmente somos capaces de «mantener encendida la hoguera hasta el amanecer» como nos refiere esta sugerente historia:

«Cuentan que un grupo de espeleólogos quedaron sepultados por un alud en el interior de una cueva. El equipo de rescate no podría llegar hasta el amanecer.

Mientras, fueron recogiendo algo de leña y encendieron una fogata para calentarse. Sabían que si el fuego se apagaba, morirían irremisiblemente. Cuando se extinguió la llama y las brasas se cubrieron de ceniza, ninguno echó al fuego el puñado de leña que se habían guardado:

—Jamás daría yo mi leña —pensó el primero— para calentar a un negro.

—¡Lo tienen claro —pensó el segundo— si piensan que voy a regalar mi leña a estos holgazanes. Es mía, me ha costado muchísimo esfuerzo conseguirla.

—Es muy probable —pensó el negro— que tenga que utilizarla para defenderme. Además, jamás compartiría mi leña con quienes me oprimen o se niegan a reconocer mi propia dignidad.

—Este temporal puede durar varios días —pensó el que era oriundo del lugar— voy a guardar mi leña por si acaso.

—El quinto hombre parecía ajeno a todo. Era un soñador. Mirando fijamente las brasas, jamás le pasó por la cabeza ofrecer la leña que tenía.

Cuando llegó el equipo de socorro se encontró con cinco cadáveres congelados. El responsable comentó consternado: «lo que realmente les ha matado ha sido el frío interior».

Las imprevisibles inclemencias «climatológicas» que nos toca vivir social y eclesialmente han dejado, una vez más, al descubierto nuestra vulnerabilidad, nuestra frágil condición, lo fácil que se desbaratan nuestros cálculos, nuestros proyectos personales... Y nos han revelado, además, la verdad de todo ser humano: que ante determinadas cosas se siente fuerte, poderoso, autónomo... pero ante lo esencial, no puede nada, se siente desvalido y experimenta su dependencia más absoluta. El rescate (la salvación) no está a su alcance, no depende de él mismo sino que viene de fuera.

Mantener encendida la «hoguera» se convierte también para cada un@, para cada comunidad o grupo eclesial, para cada Congregación, para la misma Iglesia universal en el proyecto evangelizador más urgente e importante. Compartir nuestra «leña», toda la «leña», será la única garantía de supervivencia, para poder tener luz y calor mientras esperamos el «amanecer».

El cambio global que se está gestando es de tal calado que nos sobrepasa humana e institucionalmente⁶. Nos sentimos perplejos y confundidos. Todo es tan profuso, confuso y difuso... que seguimos dando palos de ciego. Todavía no tenemos, al menos creo yo, suficientes elementos para hacer un juicio lúcido.

Para muchos consagrados no es nada fácil concebir que el tiempo donde nacieron, crecieron, amaron, gozaron, sufrieron y sirvieron eclesialmente, está desapareciendo inexorablemente. La nostalgia es una de las cuotas que tenemos que pagar.

Hoy todo está amenazado. El gran problema es saber hasta dónde, cómo y de qué forma se transformarán nuestras sensibilidades, gustos y costumbres. La amenaza ha tocado muy hondo las estructuras de nuestra época, o al menos de lo que hasta ahora han sido considerados los paradigmas de la modernidad. No es un sentimiento moral ni religioso —no tropecemos nuevamente en la misma piedra— sino un proceso cultural, que debemos afrontar sin trauma ni horror de vacío. La amenaza se presenta como algo normal; como un caos que fragmenta lo que se suponía incorruptible. Las cualidades de lo que llamamos humano hoy avanzan hacia otros horizontes, a otras formas de sentir, percibir, amar y expresar los deseos del “ser”. Estamos, sin duda, ante el umbral de una época.

La amenaza es un paradigma de transformación. Se filtra, aun cuando no lo queramos, en todas las grietas y estancias de este siglo y de todos sus moradores. Es en sí nuestra condición. Nada está exento de ser transformado por las tendencias que han ido apareciendo en estos últimos veinte años. La economía global; la caída del

⁶ Francisco Lansac Solán; *Formación permanente a los sacerdotes de la Diócesis de Coria-Cáceres*, Montehermoso (Cáceres) 2000.

muro; la post-industrialización consumista; las nuevas tecno-virtualidades; el agotamiento de los “mitos” modernos y la puesta en su lugar de una cierta *miniaturización de la existencia*; la fragmentación de los discursos duros y la irrupción de lo plural, de lo heterogéneo, de la hibridación socio-cultural con sus múltiples voces; lo arbitrario, la paradoja, la individualización banal con sus fuertes consecuencias en las mentalidades de indiferencia política; la crisis de los conceptos de realidad y verdad, las nuevas epistemes; la conciencia de lo local y lo regional en cuanto totalidad... son algunos de los imaginarios que penetran en las formaciones sociales actuales, lo que sitúa la amenaza como un síntoma que está haciendo metástasis a gran escala, también lógicamente en nuestras comunidades e instituciones.

Lo que se está transformando es el sistema, es decir, el fundamento en sí, la idea de unidad, verdad, saber y creencia en la racionalidad. Al parecer va a ser sobre estos territorios minados y cuarteados donde nos va a tocar vivir durante las próximas décadas.

Una clave de interpretación de nuestro presente es la contingencia que se ha convertido en elemento esencial. El desorden, lo caótico se toma la revancha por los siglos que la modernidad racionalista lo había marginado. Por lo tanto, la realidad se ha explayado hacia lo plural, lo heterogéneo y la imprecisión. Al contrario de los regímenes unitarios y universales modernos, presentimos una gran aventura de fragmentación en los totalitarismos, sean del signo que sean, donde la pluralidad adquiere categoría epistemológica.

Lo que realmente ha quedado tocado, amenazado, herido de muerte... son los conceptos de saber, verdad y realidad, el sueño de hallar unidad en la multiplicidad, el paradigma de una razón totalizante, como también los conceptos de identidad y exclusión; la noción de trascendentalidad racional y conceptualización del ser. Esto hemos de tenerlo muy presente para nuestros proyectos pastorales institucionales y también para nuestro proyecto de vida personal y comunitario.

No es extraño detectar que la antropología postmoderna que subyace en la humanidad hoy —no nos engañemos— se identifica con el hombre individualista, que únicamente busca su propio interés; con el hombre hedonista, cuya felicidad se halla en conseguir lo que le gusta; con el hombre consumista, ávido de bienes o sensaciones nuevas cuya libertad, jamás cuestionada, le permite poder elegir, desechar o cambiar siempre que le apetezca; con el hombre relativista que no acepta valores universales y se permite constituirse él mismo en criterio de su propia moralidad; con el hombre secularizado, que vive en la práctica como si Dios y los demás no existieran...

No será éste uno de los grandes desafíos que se abre a la vida consagrada, que nuestras comunidades se constituyan en verdaderos «microclimas» de comunión donde se ofrezca una propuesta alternativa de realización y felicidad humana, otras formas nuevas de sentir y actuar que gravitaran sobre⁷:

- a) **La comunión**: no somos individuos aislados, somos personas, es decir, seres singulares y sociales-comunitarios...Nuestra humanidad se realiza en la comunión interpersonal y social con los demás y con Dios. Buscar cada uno el interés de los demás es lo que nos humaniza.
- b) **El servicio**: no hemos sido creados para competir, sino para colaborar por la existencia digna de todos. Por eso, el camino de felicidad no es el consumismo sino el poner la vida al servicio de los demás para que vivan.
- c) **La dignidad y la libertad humana**: sí existen valores universales, una “verdad” sobre el ser humano. Nuestra libertad no consiste en poder elegir, desechar o cambiar cualquier producto, sino en buscar juntos, desde la diversidad, la verdad y conformar nuestra vida desde ella. Los otros, especialmente los más empobrecidos y desfavorecidos, son el criterio fundamental de moralidad personal y social.
- d) **La conciencia de ser hijo y hermano**: formamos parte de un proyecto común que podemos construir juntos desde nuestra libertad. Somos una sola familia humana: vivir reconociendo esta realidad es lo que nos humaniza.

⁷ Francisco Porcar Rebollar, *Formación permanente al clero de la Diócesis de Coria Cáceres*, 23 de febrero de 2009.

IV. LLAMAD@ A DESCUBRIR LA LIBERTAD DE «PERTENECER»⁸

He querido que el diálogo con que termina la película «Luna de Avellaneda», sin entrar ahora a debatir a fondo lo que en ella se cuestiona, nos sirviera de pretexto para recrear con gozo la magia y la fascinación que entraña siempre la libertad de «pertenecer».

Cuando concluí mi servicio como Coordinador general de Pastoral, primero, y como Director general, durante dos sexenios —perdonad las alusiones institucionales propias al compartir mi humilde experiencia—, esta fue, sin duda, la mayor y mejor lección que me proporcionaron mis propios hermanos:

- Saberme y sentirme parte de una misma y única familia. Tener clara conciencia de haber sido agraciado por Dios con inigualables dones que me constituían en «*alma gemela*» de una patrulla singular de curas diocesanos que desde sus orígenes han tratado de vivir y ejercer el ministerio presbiteral con la pasión con que lo encarnó el Beato Manuel Domingo y Sol. Cada uno podéis recrear vuestra propia experiencia sustituyendo el rostro y nombre de mis hermanos por los vuestros.
- Experimentar que, aunque uno se hubiera pasado la vida saltando de aeropuerto en aeropuerto, siempre te sentías en casa. Percibí el calor de hogar que cada equipo, a su manera, supo cristalizar. Y el esfuerzo que cada operario

⁸ Luna de Avellaneda

TÍTULO ORIGINAL Luna de Avellaneda

AÑO 2004

DURACIÓN 140 min.

PAÍS 

DIRECTOR Juan José Campanella

GUIÓN Juan José Campanella, Fernando Castets, Juan Pablo Domenech

MÚSICA Ángel Illarramendi

FOTOGRAFÍA Daniel Shulman

REPARTO Ricardo Darín, Eduardo Blanco, Mercedes Morán, Valeria Bertuccelli, José Luis López Vázquez, Daniel Fanego, Silvia Kutika, Atilio Pozzobon

PRODUCTORA Coproducción Argentina-España

WEB OFICIAL <http://www.lunadeavellaneda.com/>

GÉNERO Drama

SINOPSIS Luna de Avellaneda es la historia de un emblemático club de barrio que ha vivido en el pasado una época de esplendor y que en la actualidad se encuentra inmerso en una crisis que pone en peligro su existencia como tal. Al parecer la única salida posible es que se convierta en un Casino, nada más alejado de los ideales y de los fines de sus fundadores en la década del 40: Un club social, deportivo y cultural. Los descendientes de estos fundadores se debatirán entre la posibilidad de salvarse a cualquier costo o de reencontrarse con aquellos sueños. (FILMAFFINITY)

realizó para que los demás pudieran sentirse respetados y valorados, corresponsables de la misma y única misión, enriquecidos con las potencialidades individuales contenidas en el propio proyecto institucional de evangelización que hemos tratado de impulsar.

- Descubrir la gran fuerza de atracción que la Hermandad seguía teniendo en la Iglesia gracias a la singularidad y originalidad que Mosén Sol dejó impresa en el modo de ejercer el ministerio presbiteral: el estilo de vida familiar; el modo de vivir y trabajar en equipo; la forma de ser sencilla, acogedora, pobre, sin ambición de honores, cargos, privilegios; la libertad apostólica, sin ataduras familiares ni económicas; la obediencia cordial; la disponibilidad universal; la misión pastoral en el ámbito diocesano, supradiocesano, nacional o internacional...
- Pero sobre todo constatar, en la «jungla humana» donde hoy nos toca vivir y ejercer el ministerio presbiteral, la gran intuición que tuvo Mosén Sol de que realmente *solos no podíamos nada*. A duras penas —en mi caso al menos— he tratado de «eucaristizar la vida»; «vocacionalizar la misión»; estar disponible para responder a cualquier necesidad; reavivar la impronta vocacional que permite reconocer y valorar todos los carismas; ayudar a despertar, discernir, formar y sostener a los que Dios llama; compartir la búsqueda de sentido con aquellos jóvenes que se sienten insatisfechos, desorientados o manipulados y poder mostrarles la libertad y la plenitud que Cristo les ofrece...

No me ruboriza confesaros que lo único que tantas veces me mantuvo firme fue «*pertenecer*» a esta «*obra especialísima*» que lo más singular y maravilloso de ella sigue siendo, sin duda, su misma unión de espíritu, de aspiraciones y voluntades que hoy se siente urgida a ser verdadera escuela de fraternidad y de santificación de cuantos ejercen un ministerio en la Iglesia.

Recread «vuestro sueño inconfeso»⁹ y mandadlo de felicitación navideña como hice yo. A ver qué pasa. Si a él unís los de otr@s herman@s, familiares, amig@s, colaboradores... tal vez consigáis entre tod@s hacerlos realidad.

⁹ «(...) Sueño que llegará un día en que cada uno de los operarios valoraremos y agradeceremos al Señor:

- La singularidad de la fraternidad presbiteral a la que hemos sido llamados;
- La riqueza que dicha fraternidad aporta para alcanzar la santidad y la plenitud de sentido en nuestra vida personal y ministerial;
- La hermosa sensación de sabernos queridos, sin porqués ni dependencias;
- La libertad y autonomía para administrar con transparencia lo propio y lo común pero, al mismo tiempo, la humildad para aceptar la corrección fraterna del propio grupo;
- La posibilidad de vivir una doble pertenencia: *jurídico-afectiva* con la diócesis de origen y *afectivo-pastoral* con la diócesis a la que se sirve eclesialmente;
- La impronta vocacional que Dios ha grabado en nuestro corazón permitiéndonos valorar todos los carismas eclesiales y favorecer la complementariedad de todas las vocaciones: las religiosas, las apostólicas y especialmente las sacerdotales;
- El privilegio de poder compartir la búsqueda de sentido con los jóvenes que tantas veces se sienten insatisfechos o vacíos, desorientados o manipulados y mostrarles la libertad y la plenitud que Cristo les ofrece;
- La fina sensibilidad para *despertar* en cada uno la invitación (llamada) de Dios a compartir su misma felicidad, para *acompañar* y *discernir* el proceso en el seguimiento de Jesucristo, y para *formar* y *sostener* a cuantos se integran activamente en su proyecto de salvación;

V. LLAMAD@ A SER EL/LA CONSAGRAD@ 2.0 QUE LA HUMANIDAD NECESITA EN EL SIGLO XXI¹⁰

Tal vez tengan razón las generaciones más jóvenes. No son hermosos conceptos lo que hoy necesitamos sino experiencias profundas y radicales que nos identifiquen institucionalmente. Necesitamos pasar de una identidad institucional que hemos heredado —cuyo sentimiento de pertenencia podía ser pasivo, meramente jurídico, reducido a la afirmación de unas creencias y al acatamiento formal de unas normas casi ya en desuso...— a una experiencia institucional personalizada, creativa, identificadora, de hombres y mujeres que van madurando y tratan de vivir su consagración a Dios en el ámbito de un equipo de vida y trabajo que permite a sus componentes interactuar y ni siquiera tiene por qué circunscribirse a un lugar físico o geográfico, ni a un ámbito espacio temporal.

Pertenece realmente quien logra poner «alma» al grupo, esto es, ama y padece por los mismos ideales, quien tiene unas metas comunes, un estilo de vida peculiar... Pertenece quien de verdad se compromete, se arriesga, colabora, tiene paciencia histórica... Pertenece quien toma la vida del otro como propia, la cuida, la protege, la defiende, la hace crecer como la suya. La experiencia vivida juega un papel modelador y determinante en la propia pertenencia institucional.

Hagamos de cada Instituto y de cada equipo un auténtico «ecosistema», donde su misterio de gracia, de libertad y perdón, nos enraíce en la eucaristía, nos sitúe más allá de la búsqueda de nuestra propia satisfacción personal y nos abra al bien común, fortalezca nuestra identidad y pertenencia a la Iglesia local y universal, nos permita no sólo sobrevivir sino crecer y llegar a la plena realización personal e institucional.

– El genuino sello sacerdotal infundido por Mosén Sol, sin otra aspiración que la de ser «sacerdotes, nada más que sacerdotes y santos que trabajan por la gloria de Dios en unión con otros»;

– El magisterio peculiar que Dios nos ofrece por medio de los más pobres, invitándonos a ofrecernos como respuesta a sus necesidades;

– La grandeza de espíritu y la altura de miras que proporciona el estar siempre disponible para poder responder, acorde con el carisma, a las llamadas más urgentes recibidas de las Iglesias más necesitadas.

– La «eucaristización» de toda la vida como expresión de que es en la eucaristía donde se enraíza nuestra propia espiritualidad de presbíteros y de creyentes;

– El haber aprendido a recitar con toda su hondura sencillamente Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo;

– La historia gozosa y fecunda de la Hermandad, signo inequívoco de esperanza para la Iglesia y para el mundo.

Aquel día todos descubriremos que nuestra vida no ha sido en vano. Ojalá que el paso de los días o el peso de las dificultades no pueda matar nuestra utopía y sirva de estímulo para cuantos nos conocen o comparten nuestra existencia y ministerio.

María Inmaculada que hizo posible el sueño más esperado de la humanidad nos ayude para que podamos hacer realidad el nuestro» Felicitación navideña del Director General a los operarios. Hoja de Hermandad núm. 445.

¹⁰ Mensaje del Papa Benedicto XVI en la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, el 16 de mayo de 2010

«Ecosistemas» que, asentados realmente en Dios, nos permita situarnos en la vida, en el mundo, en la Iglesia, en nuestro propio Instituto de una forma nueva. «Ecosistemas», verdaderos microclimas, donde se vive y se encarna el propio servicio eclesial como un cuerpo en el que hay diversidad de experiencias, el más atento, el más delicado, el más luchador, el que sonríe mejor, el que sabe callar, el que se anticipa en todo... que nos ayuda a aprender y a necesitar a todos porque nadie posee en plenitud la experiencia total de familia.

La creciente multimedialidad y la gran variedad de funciones que hoy se dan en la comunicación han propiciado que emerjan inexorablemente también l@s consagrada@s 2.0 que se sienten muy cómodos en un mundo fragmentado, pueden interactuar, participan de una nueva narratividad (ya no se funciona con la lógica de planteamiento, nudo y desenlace), inmediatez (en la satisfacción de intereses), simultaneidad (siempre conectado en red), hipertextualidad (salta de un sitio a otro como el caballo en el tablero de ajedrez)...

¡Ojalá consiguiésemos entre todos discriminar y objetivar indicadores que lograsen armonizar algunos binomios a los que son tan sensibles las nuevas generaciones:

❖ La unidad y la pluralidad:

- que asegura y conserva lo nuclear;
- que reconoce y valora la pluralidad cultural;
- que descubre y potencia cada uno de los carismas dentro del carisma institucional;
- etc.

❖ La autonomía personal y el Proyecto institucional)

- que reconoce nuestra compleja identidad personal y el cambio que se ha producido en las relaciones interpersonales;
- que favorece el encuentro, el diálogo, la integración, la colaboración, la misión compartida...;
- que se abre a comunidades multiculturales y a otras formas de comunión fraterna;
- etc.

❖ La globalización y la localización ("glocalización"):

- que reconoce a cada hermano su verdadera carta de ciudadanía, especialmente a los más jóvenes o a los que proceden de otras culturas;
- que asume una mayor permeabilidad al pluralismo cultural y acepta una mayor representatividad;

- que crea una mentalidad y un lenguaje común;
- etc.

❖ La coordinación y la descentralización:

- que responde a un proyecto pastoral común en el cual se hace operativo (se incultura) en cada tiempo y lugar;
- que favorece la subsidiaridad y la corresponsabilidad;
- que crea instancias intermedias de animación y de coordinación;
- etc.

❖ Etc.

Estas aparentes antinomias, en lugar de ser un obstáculo insalvable, deberían constituirse en el mayor desafío de nuestras instituciones para que respondiesen a las verdaderas necesidades que la humanidad tiene hoy¹¹.

Pero esto sólo es posible, como ocurrió con nuestros Fundadores, porque ellos supieron reavivar su pasión por Dios, que los transformó en testigos del resucitado y los cambió radicalmente.

¡Qué hermoso sería que cada uno pudiéramos escribir el testimonio personal de «por qué nos consagramos a Dios en esta familia eclesial tan singular»!. Y editar como regalo este florilegio vocacional que pudiera fortalecernos a los que ya somos y animara a los que desean serlo.

Con esta invitación aparentemente «inocente» me gustaría que pudiéramos tomar viva conciencia del tesoro que supone «la fraternidad». Que ni el trabajo, ni el prestigio profesional, ni el poder o la relevancia social que pudiéramos alcanzar... nos plenificarán tanto como el sabernos amados, llamados y enviados por Aquel que llena de sentido nuestra vida y nuestro servicio eclesial.

Aprender a compartir con l@s herman@s, a mirar, gustar, tocar, oler, escuchar... de forma nueva, saborear con hondura los encuentros, las miradas, los rostros, la

¹¹ Don Manuel, tal como se desprende de sus escritos (cfr. *Escritos I*, 5º, 39; 6º, 7; etc.) supo hacer ya en su tiempo una verdadera síntesis y armonizar los binomios "diocesano-religioso" y "local-universal". Cuando habla de "clase media sacerdotal" no se refiere a los sacerdotes seculares normales sino a los operarios, que son "el intermedio entre los religiosos y los sacerdotes individuales, aislados". Ya en aquel momento intuye y ofrece un modelo nuevo de encarnar la fraternidad presbiteral que años más tarde el Concilio reconocerá y recomendará (cfr. PO, 8). Cuando elige el nombre de "operario" como signo de identidad de nuestra fraternidad refleja claramente la universalidad de la misión a la que hemos sido llamados (cfr. *Pensamiento y Espíritu*, 33).

belleza..., disfrutar más el lado bueno, positivo y gozoso de los acontecimientos pero sobre todo de las propias personas que Dios nos ha regalado como herman@s... Todo un don y una gracia que hay que pedir cada día al Señor.

Madrid, 16 de octubre de 2010

Ángel Javier Pérez Pueyo
Director del Secretariado
de la Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades